

Universidad Carlos III de Madrid

Repositorio institucional e-Archivo

<http://e-archivo.uc3m.es>

Derechos y libertades: revista del Instituto Bartolomé de las Casas DyL n. 06 año III (1998)

1998

Derecha e izquierda: la igualdad hace la diferencia

Squella, Agustín

Universidad Carlos III de Madrid. Instituto Bartolomé de las Casas : Boletín Oficial del Estado

Derechos y Libertades: revista del Instituto Bartolomé de las Casas. ISSN: 1133-0937. III (6)

p.479-494 (Feb 1998)

<http://hdl.handle.net/10016/1351>

Descargado de e-Archivo, repositorio institucional de la Universidad Carlos III de Madrid

DERECHA E IZQUIERDA: LA IGUALDAD HACE LA DIFERENCIA

Comentario a un libro de Norberto Bobbio

Agustín Squella

Universidad de Valparaíso



ASI en el mismo momento en que tenía lugar la inauguración del Curso de Verano que sobre «La figura y la obra de Norberto Bobbio» organizó en Santander, en julio de 1992, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en un hospital italiano Bobbio era sometido a una intervención quirúrgica.

La operación fue un éxito. El Curso, aunque ello importara entonces ciertamente menos, también. Durante cinco días, especialistas italianos, españoles e iberoamericanos analizamos y discutimos el pensamiento de Bobbio en el hermoso Palacio de La Magdalena, a orillas del Cantábrico, ante un auditorio interesado que no decayó ni siquiera en las calurosas y pesadas horas de la tarde. Unos y otros, sin embargo, esto es, expositores y alumnos, debimos lamentar no sólo el percance sufrido por la salud de Bobbio, sino, como se comprenderá, la ausencia de éste en la sesión de clausura del curso, en la que estaba previsto que el maestro disertara en el marco de un título tan convencional como atrayente: «Norberto Bobbio: testimonio de una vida».

Con todo, al término del Curso, la moderna tecnología –en este caso el fax– permitió recibir el texto que Bobbio debía haber leído en la mencionada sesión de clausura. Lo tradujo y leyó en voz alta el Director del Curso –Gregorio Peces-Barba–, en medio de una atmósfera cargada de silencio y también de admiración y respeto por el maestro enfermo y lejano. Es cierto, por otra parte, que éste expresó en ese texto cosas graves –«la vejez es el crepúsculo que anuncia la noche», «la melancolía es la conciencia de lo insatisfecho, de lo incompleto»–; pero es igualmente cierto que nos dejó también el mensaje de que siempre «hay bondad en la racionalidad» y de que «en el mundo de los viejos cuentan más los afectos que los conceptos».

Algo me dice que no puedo concluir esta primera parte del presente trabajo, que tiene el sentido de una mera presentación, sin mencionar la visita que Bobbio efectuó a Chile en 1986, en momentos en que muchos vivíamos el hondo pesimismo de una situación política interna que se veía prácticamente sin salida.

Bobbio proclamó entonces, en la conferencia que ofreció en la Universidad de Valparaíso, que la democracia era un proceso irreversible, porque, dijo, «la historia humana tiende indudablemente hacia la libertad». Se trató, como es obvio, de una afirmación necesitada de algunas explicaciones, que el propio Bobbio puntualizó en la ocasión, al momento de responder a las preguntas del público presente. Un público, por lo demás, que se retiró al cabo de la conferencia con la impresión no sólo de haber escuchado una lúcida presentación y defensa de la democracia, sino, también, con la sensación –entonces muchísimo más importante– de que la democracia no seguiría cautiva para nosotros durante mucho tiempo más, como tampoco para otros pueblos en los que su llegada se avizoraba todavía más improbable y problemática.

«Bienvenido, profesor Bobbio: los que luchan por la democracia y la libertad lo saludan.»

Así rezaba el lienzo que los estudiantes de la Escuela de Derecho de la Universidad de Valparaíso desplegaron en el «hall» de entrada el día de la conferencia de Bobbio. Esos estudiantes, apretujados luego en la puerta de la rebosante sala en que Bobbio habló sobre el tema de la democracia, no resultaron defraudados. El aplauso que brindaron a la salida del maestro parecía no querer terminar jamás.

Más tarde, en el diario «La Stampa» de Turín, al mes siguiente de su visita, Bobbio publicaría un breve artículo alusivo precisamente a su viaje a nuestro país, titulado «Aplausos a la libertad». Por cierto, la idea que Bobbio



sostuvo en ese artículo fue la de que los aplausos que había escuchado en Valparaíso no iban dirigidos únicamente a su persona, sino que eran más bien la expresión de un sentimiento común, de una voluntad concorde y de una esperanza también compartida en favor de la libertad y de la democracia. Todo lo cual, por último, recuerda y actualiza el pensamiento de John Stuart Mill: «Una persona con una creencia representa una fuerza social equivalente a la de noventa y nueve personas que sólo se mueven por interés.»

El tiempo antes descrito –1986– podría parecer hoy demasiado lejano, incluso superado. No lo estará, sin embargo, mientras subsistan en nuestro ordenamiento jurídico instituciones que restan efectividad y latitud a la actual democracia chilena, sin olvidar, además, que ésta es una forma de gobierno que demanda un similar cuidado y esfuerzo tanto en su recuperación como en su posterior mantenimiento, estabilidad y desarrollo.

Por último, quiero decir que a mi regreso a Chile luego del Curso en Santander, traje conmigo la sensación de que el retiro definitivo de Bobbio de la actividad intelectual tendría lugar seguramente muy pronto. Contaba entonces ochenta y un largos años y era ya bastante también lo que había hecho en favor de la teoría política y del pensamiento jurídico y filosófico de nuestro siglo. Así las cosas, no pude imaginar en ese momento que un par de años más tarde Bobbio iba a publicar un nuevo libro –«Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política»–, que es el que ahora paso a comentar.

2. En la introducción, que preparó para la segunda edición italiana de ese libro, publicada a inicios de 1995, Bobbio se manifiesta francamente sorprendido por el impresionante éxito editorial que había alcanzado la primera edición de su obra, cuya versión castellana, de la editorial Taurus de Madrid, apareció por su parte en abril de 1995. Ahora está ya próxima a ser presentada la versión alemana y parecen por lo mismo lejanos los días en que la primera edición italiana hizo su aparición, a comienzos de 1994, con unos limitados diez mil ejemplares.

Bobbio piensa que las claves del éxito editorial de su libro pueden ser varias. En primer lugar, la campaña electoral italiana de 1994, en la que se enfrentaron dos coaliciones políticas de una manera más clara y posiblemente más agresiva que en contiendas electorales previas. Bobbio confidencia que un librero turinés, interpelado por él acerca de los motivos por los cuales el libro era buscado por la gente, le hizo saber que los compradores acudían para buscar en la obra de Bobbio al menos una indicación, una sugerencia, sobre la mejor manera de utilizar su voto en las inminentes elecciones.

Pero el libro continuó vendiéndose bien después de efectuadas las elecciones, de modo que su autor cree encontrar la razón principal del éxito, «tímidamente», dice, «pero también discretamente satisfecho», en el tema de la obra. Una obra, entonces, que se pone por delante, escribe Bobbio, de todos aquellos «que dicen desde hace tiempo, y no se cansan de repetir con inquebrantable seguridad, que la diada derecha e izquierda ya no interesaba a nadie».

Es cierto, en fin, que al éxito de público se sumó también el de la crítica. Es impresionante comprobar el número de reseñas que la aparición del ensayo de Bobbio provocó en diarios y revistas de opinión. Bobbio identifica, ordena y comenta esas reseñas en la segunda edición italiana del libro —de la que es hija la traducción castellana que debemos a Taurus—, distinguiendo entre aquellas que fueron benevolentes con sus planteamientos y aquellas que adoptaron frente a éstos una actitud crítica y, a veces, hasta demoledora.

Lo interesante es que en la versión castellana a que aludimos antes, hija, según se dijo, de la edición italiana de 1995, es posible encontrarse con un Bobbio que, fiel una vez más a su talante intelectual, no sólo registra y reproduce las reacciones críticas que suscitó la primera edición italiana de 1994, sino que polemiza con cada una de ellas.

He querido destacar lo anterior por dos razones.

La primera, porque Bobbio, dándose a sí mismo ya prácticamente por retirado luego de la intervención quirúrgica de 1992, vuelve a conmocionar el mundo italiano de la política, apenas dos años más tarde, con un libro nada extenso y para el cual, sin embargo, el autor venía tomando notas desde hacía un buen tiempo.

Sorprende, entonces, pero ante todo alegre, que este pensador de ochenta y cuatro años haya salido una vez más al ruedo y provocado una polémica de proporciones por el solo hecho de afirmar que continúa teniendo sentido en política hablar de derecha y de izquierda.

Quienes pretenden ir hoy por el mundo de la política con ambos brazos cercenados, declarando que no son ni de derecha ni de izquierda, y quienes presumen de ser ambidiestros, o sea, de ser tan buenos con una como con otra mano y se ubican en uno u otro sector de la cancha según los temas y las circunstancias, fueron ciertamente los primeros y más fuertes críticos de Bobbio y consideraron su libro como una pieza de arqueología política.

Un segundo grupo de críticos estimó válida la distinción de Bobbio entre derecha e izquierda, pero se manifestó en desacuerdo con el criterio de que el autor se vale para fundamentarla.



Un tercer contingente, en fin, fue el de los que estuvieron de acuerdo tanto con la distinción rescatada por Bobbio como con el criterio que según éste le sirve de apoyo, pero que estimaron que dicho criterio no resultaba suficiente.

La segunda razón por la cual he querido destacar el éxito de crítica y de librería del texto de Bobbio, tiene que ver ahora con la magnífica disposición intelectual del octogenario pensador italiano para no dejarse llevar por ese éxito y autorizar sin más las sucesivas ediciones de su libro, prefiriendo en cambio aprovechar estas ediciones posteriores para recoger todo un importante caudal de críticas a su planteamiento y dar prácticamente respuesta, una a una, a todas ellas. Yo me pregunto cuántos intelectuales de nuestro tiempo, en Italia o fuera de ella, se mostrarían dispuestos a adoptar una actitud semejante.

3. Bobbio ha confesado que lo que lo llevó a escribir este libro fue la constatación de que en el curso de los últimos años venga diciéndose repetidamente que la distinción entre derecha e izquierda carece ya de todo sentido y que no pasa de ser hoy sólo una de las «muchas trampas lingüísticas en las que cae el debate político».

A la hora de pasar revista a las causas que podrían explicar la creencia de que llegó a su fin una manera de hablar en política que nació hace doscientos años con la Revolución francesa y que desde entonces sirvió para dividir el universo político, Bobbio menciona las siguientes:

En primer lugar, la tan proclamada «crisis» o «fin» de las ideologías, fenómeno que Bobbio observa con la distancia y la sabiduría del que sabe que «el árbol de las ideologías está siempre reverdeciendo» y que bien podría ser sólo una ideología más aquella que se empecina en decretar el fin de las mismas. Sin perjuicio de lo anterior, Bobbio advierte igualmente que las expresiones «izquierda» y «derecha» no se refieren sólo a determinados cuerpos de ideas en materias políticas, sino también a «intereses y valoraciones sobre la dirección que habría que dar a la sociedad».

El autor estima más acertada la argumentación que contra la antítesis derecha-izquierda proviene de quienes sostienen que se trata de una manera demasiado simple de ordenar los debates y las posiciones múltiples y muchas veces entrelazadas que se promueven incesantemente en medio de las sociedades democráticas, complejas y plurales en las que nos toca a menudo vivir. Con todo, Bobbio considera que esta objeción es acertada, «pero no decisiva», puesto que una visión diádica de la política no excluye la posibilidad de posiciones intermedias que ocupan entonces el espacio que queda entre las posiciones extremas que, a su vez, se desplazan también, por momentos, hacia el difícil centro.

El centro político sería para Bobbio una especie de «tercero incluido», un espacio entre dos opuestos –derecha e izquierda– que se introduce entre ambos, que los aleja sin eliminarlos, y que, a la vez, impide que se toquen o que cuando se toquen se vayan directamente a las manos.

Otra cosa es lo que el pensador italiano llama el «tercero incluyente»: éste representaría una posición que pretende englobar y a la par superar dos opuestos en una síntesis de tipo superior.

Una expresión típica de «tercero incluyente» es para Bobbio el llamado socialismo liberal, una posición que, con ser la del propio Bobbio, ha ido ganando cada vez más terreno en sectores tradicionalmente de izquierda que desean superar la crisis que derivó de haber querido instaurar el socialismo, esto es, el reino de la igualdad, pidiendo para ello un precio que ninguna sociedad se mostró finalmente dispuesta a pagar: la libertad.

Bobbio está consciente de que una síntesis liberal-socialista tiene algo paradójico, porque intenta conciliar dos sistemas de ideas que la historia se ha encargado de mostrarnos como contrapuestos. Pero esta paradoja, la de conciliar liberalismo y socialismo, la de mantener juntas las banderas tanto de la libertad como de la igualdad sin propiciar el sacrificio de una en beneficio de la otra, la de considerar posible alcanzar –en otras palabras– sociedades más igualitarias sin inmolarse para ello las libertades y sin desechar tampoco la democracia como forma de gobierno más deseable para la sociedad, es a fin de cuentas una paradoja que se hallaría justificada por el hecho del comprobado fracaso que en una u otra medida habrían experimentado, cada vez que se les aplicó unilateralmente, ambos sistemas de ideas antes mencionados.

Éste es un punto que nos parece clave para comprender el pensamiento político de Bobbio e, incluso, su misma propuesta acerca de la justificación que tendría mantener en pie la díada derecha-izquierda. Bobbio sería liberal en cuanto se toma en serio ese conjunto de libertades (de pensar, de expresarse, de asociarse, de reunirse, etc.) que se expresan en los derechos fundamentales llamados personales o de autonomía que el régimen democrático de gobierno presupone y se compromete a preservar y garantizar, y sería a la par socialista en cuanto se toma ahora igualmente en serio los derechos humanos de carácter económico y social que se basan no ya en el valor de la libertad, sino en los de la igualdad y la solidaridad.

Quizá si la experiencia de las sociedades capitalistas –reflexiona Bobbio en otro de sus trabajos– haya favorecido la idea de que la libertad se conserva al precio de provocar o de mantener las desigualdades materiales existentes entre los hombres, como por su parte las sociedades socialistas que hemos conocido hayan

tal vez estimulado la convicción de que niveles aceptables de igualdad sólo pueden ser conseguidos al precio de tener que sacrificar la libertad. Esto último es lo que explica que en la política contemporánea los partidos de derecha se hayan apropiado de la libertad, aunque muchas veces la han canjeado al fin por el simple orden, y los de izquierda se hayan apoderado de la igualdad, pero confundiendo muy a menudo con la mera uniformidad de un igualitarismo oprobioso.

«El liberalismo —escribe el propio Bobbio— se inspiró sobre todo en el ideal de la libertad. Pero es inútil ocultarnos que la libertad de iniciativa económica ha creado enormes desigualdades no sólo entre hombre y hombre, sino y también entre Estado y Estado.» Otro liberal, Octavio Paz, en una línea de pensamiento bastante similar, ha dicho que «he criticado al socialismo (o lo que se ha hecho pasar por tal). Ahora déjeme decirle que al liberalismo actual le faltan muchas cosas, sin las cuales la vida no es digna de ser vivida».

En el marco de tales ideas, en fin, a lo que Bobbio llama, como tantos otros, es a batirse a la vez por la libertad y la igualdad, aunque dando a esta última palabra el sentido bien preciso que tendremos oportunidad de desarrollar más adelante.

En el libro que comentamos, Bobbio analiza luego otros motivos por los cuales se piensa también que la distinción entre derecha e izquierda se encuentra ya en franco declive.

Uno de tales motivos consiste en que la mentada *díada* habría perdido gran parte de su poder descriptivo frente a sociedades en continua transformación y ante cada vez más abundantes y complejos problemas políticos. Los temas del medio ambiente, por ejemplo, habrían producido agrupaciones y movimientos políticos de cierta importancia, a los cuales, sin embargo, no resultaría posible encasillar fácilmente en la izquierda o en la derecha. «¿Son los verdes de derechas o son de izquierdas?», se pregunta Bobbio en una parte de su ensayo, y concluye al respecto que podrían tratarse de una de tantas de las llamadas «corrientes transversales».

En fin, un motivo que Bobbio considera con mayor atención que el anterior dice relación con el hecho de que para que la *díada* funcione, esto es, para que pueda hablarse con propiedad de izquierda y de derecha, es preciso que uno y otro sector, más que enfrentarse entre sí, se reconozcan y afirmen como tales. Así, en momentos históricos en los que la derecha ha sufrido importantes derrotas electorales y ha llegado incluso a renegar de sí misma y a desplazarse hacia el centro, se ha perdido entonces buena parte del interés por la *díada*. Como derecha e izquierda son partes contrapuestas interdependientes, la devaluación de sí mismo —cree Bobbio— acaba por devaluar también al adversario.

Pero si hasta hace sólo algunos años la pregunta era «¿Todavía existe la derecha?», hoy, después de la caída de los regímenes comunistas, ha surgido con fuerza la pregunta inversa, a saber, «¿Aún existe la izquierda?».

En otras palabras: hoy es la izquierda, no la derecha, la que se siente mal en su propio pellejo. Dudando continuamente de sí misma, autoinculpándose no sin razón, decretando una y otra vez su propia crisis y arrojada compulsivamente en brazos de una renovación que le está resultando demasiado esquivada y a la que no atina a dar un contenido preciso, la izquierda no sólo se pregunta hoy mucho más que antes qué es ella realmente y cuáles son sus actuales dificultades, sino que, por momentos, llega hasta creer que no existe, con lo cual, al desautorizarse a sí misma, está de paso despojando de sentido al sector que tradicionalmente ha sido su opuesto, esto es, la derecha.

En verdad, asistimos hoy en la izquierda a una evidente crisis de identidad y de autoestima. Son pocos en ese sector los que continúan llamándose hijos de la Revolución de Octubre y que mantienen todavía el brazo en alto y la mano empuñada y lista para asentar un golpe mortal de la burguesía. Son más, ciertamente, los que creen que la izquierda ha sido sepultada bajo las ruinas del universo soviético y no quieren ya que se los vuelva a identificar con un sector al que alguna vez pertenecieron con entusiasmo. Otros, revalorizando la democracia y los derechos humanos que antes no vacilaron en conculcar en nombre de la causa del proletariado, buscan seguir estando en la izquierda, pero sin mencionar ya esta fea palabra y sin atreverse tampoco a llevar a cabo un desplazamiento más directo hacia sectores o partidos que pueden exhibir una mejor tradición en la defensa de la democracia y de la libertad de las personas. Hay también en la izquierda quienes buscan reflotar el sector saliendo a disputar los puestos de vanguardia en causas consideradas progresistas y que están normalmente vinculadas a temas de medio ambiente, a los derechos de minorías discriminadas o al rigorismo moral que se impone en algunas de nuestras sociedades.

Prisionera así de la fidelidad a un sistema ya en bancarrota o debatiéndose entre la mala conciencia, el refugio en la casa del adversario tradicional o la búsqueda de banderas novedosas y atractivas que reemplacen sus viejos y vapuleados estandartes, nadie sabe hoy si la izquierda se autoeliminará al fin a sí misma o si, a partir del propio colapso del sistema bolchevique, aprovechará —como piensa Urbinati— las posibilidades que hoy se le abren y que habían sido sepultadas, paradójicamente, por aquel mismo sistema de tiranía impuesto desde 1917.



4. Bobbio se encarga de reiterar en su libro que siempre se ha considerado a sí mismo un hombre de izquierda, y que, por lo tanto, siempre ha dado a este término una connotación positiva.

«Izquierda», lo mismo que «derecha», son así palabras que tienen un significado descriptivo y uno valorativo. Descriptivamente, se trataría de expresiones por medio de las cuales se alude a dos contrapuestas posiciones y a diferencias objetivas en el pensamiento y en la acción política de grupos y de personas. Este significado descriptivo, a pesar de ser variable, nunca lo sería tanto, según Bobbio, «como para hacer asumir a la misma palabra dos significados totalmente contrarios». Valorativamente, ahora, el uso positivo de uno de esos dos términos «implica necesariamente la connotación negativa del otro». De este modo, cuál de esos términos sea positivo o negativo es algo que no depende del significado descriptivo de uno y otro, «sino de juicios de valor opuestos que se dan sobre las cosas descritas».

Si Bobbio, desde un punto de vista descriptivo, cree, como veremos a continuación, que «el criterio más frecuentemente adoptado para distinguir la derecha de la izquierda es la diferente actitud que asumen los hombres que viven en sociedad frente al ideal de la igualdad», trasladándose luego al plano valorativo reconoce que «para un militante de la derecha la igualdad como elemento tradicional de la ideología de izquierda se convierte en nivelación», esto es, en algo negativo, mientras que «para un militante de la izquierda, la desigualdad, entendida de hecho como un dato sin connotación ideológica, en la definición de la derecha se convierte en un ordenamiento jerárquico».

Con todo, Bobbio prefiere quedarse en el terreno puramente descriptivo. Esto quiere decir que, prescindiendo de cualquier juicio de valor acerca de si la igualdad es o no preferible a la desigualdad, lo cierto es que la mejor manera de distinguir entre derecha e izquierda, la que persiste incluso hasta hoy, consiste en apreciar cómo es que uno y otro sector se alistan de maneras distintas ante el ideal de la igualdad. Mientras la derecha recela abiertamente de este ideal, la izquierda lo hace suyo, aunque con una salvedad que el propio Bobbio se encarga de poner en los siguientes términos: «cuando se atribuye a la izquierda una mayor sensibilidad para disminuir las desigualdades no se quiere decir que ésta pretenda eliminar todas las desigualdades o que la derecha las quiera conservar todas, sino como mucho que la primera es más igualitaria y la segunda más desigualitaria».

Pienso que vale la pena mencionar ahora, por lo que al ámbito de nuestro país se refiere, el trabajo de Arturo Fontaine Talavera que aparece publicado en «Estudios Públicos», núm. 58, otoño de 1995. Dicho trabajo, resultado de la

Encuesta de Opinión Pública del Centro de Estudios Públicos efectuada en los meses de noviembre y diciembre de 1994, intenta mostrar, con base en los datos que proporcionó esa encuesta, que el eje derecha-izquierda, pese a sus imperfecciones, tiene sentido y validez hoy en Chile. Otra de las tesis que el trabajo comprueba es la de que ese sentido se relaciona con tres ejes: el eje socioeconómico (desarrollo—igualdad), el político (orden y seguridad-democracia y libertades) y el histórico (Pinochet-Allende).

Pues bien: a los efectos del presente comentario sobre el libro de Bobbio, el excelente trabajo de Arturo Fontaine expone algunas conclusiones bastante próximas a las ideas que hemos venido analizando previamente, a saber, por ejemplo, que el eje derecha-izquierda «es consistente»; que «está siendo usado de un modo relativamente coherente»; que «la evidencia empírica nos muestra que hay un uso común, públicamente aceptado»; y que, en fin, acerca de cómo se configura ese sentido, «la izquierda valora más la igualdad que el desarrollo y la democracia más que el orden», mientras que «la derecha y los independientes tienden a dar primacía al desarrollo por sobre la igualdad y al orden por sobre la democracia».

Atento también a los matices, Fontaine advierte que «es necesario subrayar que los bienes o valores por los que hay que optar no deben concebirse como opuestos». Y agrega: «el desarrollo económico y la igualdad de oportunidades no son términos contrarios, como sí lo son blanco y negro, o alto y bajo. Tampoco la justicia social es el antónimo del desarrollo. El desarrollo se opone al estancamiento o, si se quiere, al decrecimiento económico. La justicia social a la injusticia social. Sin embargo, a veces es forzoso escoger a qué se le da prioridad. El ministro de Hacienda debe elegir en un momento dado entre destinar más fondos a la enseñanza básica gratuita (igualdad) o disminuir el gasto fiscal para bajar la tasa de interés (desarrollo). La mayor parte de las decisiones que tomamos no dicen relación con polos de opuestos, sino con matices y grados».

5. Cuando Bobbio nos habla en su libro de la igualdad como «la estrella polar» de la izquierda, no está pensando sólo en la igualdad jurídica y política, hoy ampliamente reconocidas, aunque hasta hace poco más de doscientos años ambas parecían también sendas utopías ilustradas más o menos irrealizables. En otras palabras, Bobbio no está pensando sólo en la igualdad ante la ley y en la igualdad en cuanto a la participación de los ciudadanos en la vida política mediante un sufragio universal que en todos los casos cuenta por uno. Tampoco está Bobbio pensando en la llamada igualdad de oportunidades. Más que todo eso, lo que el autor italiano tiene en la cabeza es la igualdad material, esto es, la igualdad en las condiciones de vida de la gente.



Según Bobbio, lo que interesa preferentemente a la izquierda, y no a la derecha, es avanzar más rápido hacia dicha igualdad material, de modo de conseguir sociedades y modos de vida donde la libertad de las personas vaya acompañada de unas condiciones materiales de vida –educación, salud, trabajo, vivienda– que hagan realmente posible y atractivo el ejercicio de una libertad que sin esas condiciones se transforma en algo casi enteramente ilusorio y vacío para quienes viven en grosera situación de desigualdad frente a sus semejantes.

Podemos llamar a eso igualdad, equidad o justicia social, pero de lo que se trata, según el ideario de la izquierda, es de utilizar los instrumentos de la política, y no sólo los más lentos de la economía, a fin de que todos disfruten de unas condiciones materiales de vida que guarden relación con la dignidad que se proclama de la especie humana en general y de cada individuo en particular.

Para conseguir esa finalidad, la izquierda tiene entonces que activar una mayor preocupación por hacer realidad los derechos económicos y sociales, una clase de derechos humanos basada precisamente en los valores de la igualdad y la solidaridad, y no contentarse con el solo reinado de esa otra categoría de derechos fundamentales –la de los derechos personales–, basados por su parte en el valor de la libertad. «Una de las conquistas más clamorosas, aunque hoy empieza a ser discutida, de los movimientos socialistas que han sido identificados al menos hasta ahora con la izquierda, desde hace un siglo –dice Bobbio–, es el reconocimiento de los derechos sociales al lado de los de libertad... La razón de ser de los derechos sociales, como el derecho a la educación, el derecho al trabajo, el derecho a la salud, es una razón igualitaria. Los tres tienden a hacer menos grande la desigualdad entre quien tiene y quien no tiene, o a poner un número de individuos siempre mayor en condiciones de ser menos desiguales respecto a individuos más afortunados por nacimiento y condición social.»

Como se sabe, los derechos humanos, desde que empezó a hablarse de ellos a inicios de la modernidad, han atravesado entre otros procesos, por el de una evidente expansión. Esta expansión ha consistido en el gradual y progresivo incremento de lo que podríamos llamar el catálogo de los derechos del hombre. En un primer momento, tales derechos aparecen como simples limitaciones al poder de la autoridad y se traducen, por lo mismo, en el compromiso constitucional de ésta en orden a no interferir en determinados ámbitos de la vida y de la actividad de las personas.

Si tuviera razón Bobbio cuando sugiere que «toda la historia de la filosofía política es una larga, continua y atormentada reflexión acerca de la pregunta ¿cómo es posible limitar el poder»?, se comprendería, entonces, la impor-

tancia de esta primera generación de derechos humanos –la de los llamados derechos personales–, en virtud de la cual, sin embargo, y tal como se dijo antes, el Estado asume únicamente una obligación de carácter negativo, esto es, de no agresión e interferencia del poder en la vida de las personas. Se trata, pues, de derechos de autonomía, como resultan, por ejemplo, el derecho a la inviolabilidad del domicilio y el de no ser detenido o privado de libertad en forma arbitraria.

En un segundo momento, los derechos humanos evolucionan hasta configurarse ya no sólo como límites al poder, sino como participación de los ciudadanos en el poder, esto es, en la adopción de las decisiones colectivas o de gobierno. Como se ve, ya no se trata sólo de limitar al poder, sino de participar en él, e, incluso, de generarlo. Surgen así, en consecuencia, los derechos políticos, como derechos de participación, en particular el derecho de sufragio, y el de elegir y ser elegido para cargos de representación popular.

Por último, y en un tercer momento de esta expansión de los derechos humanos, surge luego una nueva categoría de derechos –los derechos económicos, sociales y culturales–, que son derechos de promoción, puesto que ellos no limitan el poder ni permiten participar en él, sino que se presentan como demandas o exigencias a que se somete la autoridad en la orientación y en el contenido de las decisiones de gobierno a fin de explicitar, ante todo, el valor de la igualdad y la solidaridad.

De este modo, el derecho al trabajo, a la salud, a la educación, a una previsión oportuna y justa, que pertenecen a esta tercera generación de derechos del hombre, suponen intervención activa del Estado en la vida económica y social, a través de prestaciones y servicios públicos.

Por lo mismo, los derechos económicos, sociales y culturales, que se relacionan ante todo con los valores de la igualdad y la solidaridad, no representan límites a la acción del Estado –como ocurría con los derechos de autonomía, o de la primera generación–, sino fines orientadores de esta misma acción y que suponen, todo lo contrario de aquellos, una cierta intervención del Estado en la vida económica y social, como uno de los medios eficaces de procurar a todas las personas las prestaciones y servicios que se requieren para la satisfacción de sus necesidades básicas.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que Bobbio propicia no el ideal del igualitarismo –la igualdad de todos en todo–, sino tan sólo el ideal de la igualdad, o sea, la igualdad de todos en algo. Y ese algo no pueden ser sino las necesidades básicas o fundamentales, aquellas que «son sustancialmente idénticas para todos en una determinada sociedad y en un determinado momento»,



aunque con la prevención, por cierto, de que no se trata de que todos satisfagan sólo sus necesidades básicas, sino que todos encuentren satisfacción a lo menos a sus necesidades de ese orden. De este modo, el ideal de la igualdad en el terreno material queda suficientemente diferenciado de las propuestas del igualitarismo, entendido este último como simple aspiración a la uniformidad.

6. Volviendo ahora al tema de la supervivencia de la izquierda, Bobbio es de opinión que ésta no podrá salvarse siguiendo a la derecha en su propio terreno. «Basta la derecha –dijo en una reciente entrevista que publicó en Madrid «El País» el 25 de febrero de 1995– para defender a ultranza el libre mercado que, por otra parte, en nuestros sistemas capitalistas es todo menos libre. La izquierda tendrá razón de ser sólo si se mantendrá fiel a sus principios y si seguirá persiguiendo su propio ideal, que es el de defender a la parte más débil de la sociedad. Es verdad que esta parte se ha ido reduciendo en los sistemas económicos más avanzados, hasta hacer que esta sociedad haya sido definida como la sociedad de los dos tercios. Pero en el mundo global, la sociedad de los privilegiados es, como máximo, la de un décimo de los hombres. Son los que viven en una balsa en el “planeta de los naufragos” por retomar el título del libro de Latouche.»

Es más, en esa misma entrevista Bobbio va todavía más lejos y, provocativamente, dice que a los que todavía le preguntan dónde está la diferencia entre derecha e izquierda, «yo les respondo con un ejemplo sencillísimo: el gobierno debe encontrar algunas decenas de miles de millones de liras para equilibrar las cuentas del Estado. Si estos millones serán sacados prevalentemente de los bolsillos de los trabajadores, la operación será de derechas; si saldrán de las cajas de los ricos, será de izquierda. Los que niegan la distinción son generalmente gentes de derecha. “Ni izquierda ni derecha, dicen, porque estamos todos en la misma barca.” Pero, casi siempre, los que lo dicen están en el puente de mando».

Así las cosas, la principal lección que de este libro de Bobbio debería sacar un lector de izquierda es que ésta no tiene que ir demasiado lejos para reencontrar su razón de ser en el mapa de la política, especialmente en países y en continentes –como los nuestros– donde la pobreza de muchos contrasta todavía fuertemente con la riqueza extrema de unos pocos. La deuda que los partidos de izquierda tendrían hoy no provendría entonces de haber hablado alguna vez de la igualdad, sino de haber creído que ese ideal debía ser conseguido al precio de la libertad de las personas. Por lo mismo, más que preocupada de inventarse nuevas banderas en reemplazo de la igualdad, la izquierda debería conservar ese estandarte y rectificar sólo en los medios que alguna vez consideró apropiados para batirse por él.

Sobre el mismo punto anterior, en fin, Bobbio recuerda un artículo de Giorgio Ruffolo, de 1992, donde el autor observa, precisamente, que la izquierda, abandonado el mensaje mesiánico, ha caído en un pragmatismo político sin principios. «La izquierda está congelada –escribe Bobbio–, pero no está muerta, siempre y cuando sepa todavía reconocer los motivos ideales, siempre actuales, de los que ha nacido.»

7. Pienso que no debería concluir este ya extenso comentario sin dejar al menos una constancia de las cuatro partes en las que Bobbio, al final de su ensayo y ahora más matizadamente, distribuye las doctrinas y movimientos políticos actuales. Cabe advertir que esta distribución tiene sentido para el autor en la medida en que se le conceda que «el criterio para distinguir la derecha de la izquierda es la diferente apreciación con respecto a la idea de igualdad, y que el criterio para distinguir el ala moderada de la extremista, tanto en la derecha como en la izquierda, es la distinta actitud con respecto a la libertad».

En primer término, en la extrema izquierda están los movimientos a la vez igualitarios y autoritarios, o sea, los que continúan creyendo que la igualdad sólo puede ser conseguida a partir del sacrificio de la libertad.

En segundo lugar, en el centro izquierda se ubican las doctrinas y movimientos a la vez igualitarios y libertarios, esto es, aquellos que, como el propio Bobbio, consideran a la par legítimo y posible conciliar libertad con igualdad, y que aspiran a conseguir al fin sociedades más igualitarias sin que para ello tenga que inmolarse la libertad de las personas.

Seguidamente, en el centro derecha están por su parte las doctrinas y movimientos a la vez libertarios y no igualitarios, o sea, los sectores liberales fieles al método democrático, pero que, en lo que a la igualdad se refiere, frenan sus expectativas en la mera igualdad jurídica y política de las personas, y quizás, también, en la llamada igualdad de oportunidades, pero que se oponen a utilizar el poder del Estado, confiando únicamente en el mercado y en el crecimiento de la riqueza, para atenuar las desigualdades en las condiciones materiales de vida de las personas.

Por último, en la extrema derecha se hallan las doctrinas y movimientos antiliberales y antigualitarios, cuyos ejemplos históricos mejor conocidos son los del fascismo y el nazismo.

Bobbio sabe bien que la realidad de los movimientos y doctrinas es más variada de lo que refleja el esquema precedente, pero, con todo, se trata de un mapa, dice él que «salva la discutida distinción entre derecha e izquierda, y al mismo tiempo responde a la demasiado difícil objeción de que se consideren



de derecha o de izquierda doctrinas y movimientos no homogéneos como, a la izquierda, comunismo y socialismo democrático, a la derecha, fascismo y conservadurismo; también explica el por qué, aun no siendo homogéneos, pueden ser aliados potenciales en excepcionales situaciones de crisis».

Sostuve en una reciente columna periodística acerca del libro de Bobbio que todos ganan con la lectura de una obra como ésta, pero que esa ganancia puede ser todavía mayor en el caso de la izquierda, un sector político que no debería llevar su necesaria renovación hasta el extremo de autoeliminarse y de dejar el terreno enteramente libre a fuerzas políticas que no han dado pruebas suficientes de sensibilidad frente al drama cotidiano de los sectores más pobres y débiles de la sociedad.

